

adelantarte, fortificarte y consolarte en el amor de Dios, porque debes recibir por amor lo que el solo amor te hace dar. No puede el Salvador ser considerado en una accion más amorosa ni más tierna que esta, en la cual se aniquila (por manera de decir) y se reduce á vianda, para penetrar nuestras almas y unirse íntimamente al corazón y cuerpo de sus fieles.

Si los mundanos te preguntan por qué comulgastan á menudo, respóndeles que es por aprender á amar á Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por librarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones, por fortificarte en tus flaquezas. Diles que dos suertes de gentes deben comulgar á menudo: los perfectos, porque hallándose bien dispuestos, harían muy mal de no llegarse al manantial y fuente de perfeccion; y los imperfectos, para poder justamente pretender la perfeccion; los fuertes para que no se debiliten, y los débiles para que se fortifiquen; los enfermos para que sanen, y los sanos para que no enfermen; y que cuanto á tí, como imperfecta, débil y enferma, has menester co-

municarte á menudo con quien es tu perfeccion, tu fuerza y tu médico. Diles que los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar á menudo, por cuanto tienen la comodidad; y los que tienen muchos negocios del mundo, porque tienen necesidad; y que aquel que trabaja mucho y está cargado de penas, debe tambien comer viandas sólidas y á menudo. Diles que recibes el Santísimo Sacramento para aprender á bien recibirle; porque es casi imposible el hacer bien una accion, no habiéndola ejercitado muchas veces.

Comúlgate á menudo, Filotea, y lo más á menudo que pudieres, con el aviso y parecer de tu padre espiritual; y créeme, que las liebres en invierno y en medio de nuestras montañas se vuelven blancas; y esto porque no beben ni comen sino sola nieve. Y á fuerza de adorar y comer la hermosura, la bondad y la pureza misma en este divino Sacramento, tú tambien te volverás perfectamente hermosa, perfectamente buena y perfectamente pura.

TERCERA PARTE DE LA INTRODUCCION,

EN LA CUAL SE CONTIENEN MUCHOS AVISOS NECESARIOS AL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

CAPITULO PRIMERO.

De la eleccion que se debe hacer quanto al ejercicio de las virtudes.

El rey de las abejas no se sienta en los campos si no está rodeado de todo su pequeño pueblo. Así la caridad no entra jamás en un corazón que no aloje consigo todo el acompañamiento de las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en obra, como hace un capitán á sus soldados; pero no las ejercita todas de una vez ni igualmente, ni en todos tiempos ni en todos lugares. El justo es como el árbol que está plantado sobre la corriente de las aguas, el cual da su fruto á su tiempo, por cuanto la caridad, regando un alma, produce en ella las obras virtuosas, cada una en su sazón. La música (aunque en sí tan agradable) es importuna y enfadosa en un luto ó entierro, dice el proverbio. Es una gran falta en muchos, que aplicándose al ejercicio de alguna virtud particular, porfían en cualquier tiempo y ocasion que las acciones no salgan nada de aquello que desean, como aquellos antiguos filósofos, que siempre lloraban ó siempre reían; y aun hacen peor cuando menosprecian y censuran á los que como ellos no ejercitan siempre estas mismas virtudes. «Es menester alegrarse con los alegres y llorar con los que lloran (dice el Apóstol), y la caridad es paciente, benigna, liberal, prudente y condescendiente.»

De la misma manera hay virtudes cuyo uso ha de ser casi universal, y que no solamente deben ejercerse sus acciones aparte, sino antes tomar sus calidades y acciones de todas las otras virtudes. No siempre se ofrece ocasion de practicar la fuerza, la magnanimidad, la magnificencia; pero la apacibilidad, la templanza, la honestidad y la humildad son ciertas virtudes con las cuales todas las acciones de nuestra vida

deben ir mezcladas. Virtudes hay más excelentes, mas no por eso su uso será tan necesario. El azúcar es más excelente que la sal; mas la sal tiene más frecuente y general uso. Por esto se debe siempre tener buena y pronta provision destas virtudes generales, pues se ha de servir dellas casi de ordinario.

Entre los ejercicios de las virtudes debemos preferir aquel que es más conforme á nuestra obligacion, y no á nuestro gusto. Era el gusto de santa Paula el ejercitarse en la aspereza de las mortificaciones corporales, para gozar más fácilmente de los regalos espirituales; mas no por eso dejaba de tener más obligacion á la obediencia de sus superiores. Por esto san Jerónimo la tenia por digna de reprehension, viendo que, contra el parecer de su obispo, se ejercitaba en inmoderadas abstinencias. Al contrario, los apóstoles, que tenían cargo de predicar el Evangelio y distribuir á las almas el pan celeste, juzgaban que era indecente el embarazarse para este santo ejercicio por practicar la virtud del cuidado de los pobres, aunque de sí es tan excelente. Cada estado ha menester practicar alguna especial virtud. Unas son las virtudes de un prelado, otras las de un príncipe, otras las de un soldado, otras las de una mujer casada, y otras las de una viuda; y aunque todos estos deben tener todas las virtudes, no por eso deben todos practicarlas igualmente, sino que cada uno debe particularmente darse á las que se requieren al género de vida que pasa.

Entre las virtudes que no miran á nuestra obligacion particular debemos preferir las más excelentes, y no las más aparentes. Los cometas parecen ordinariamente más grandes que las estrellas, y ocupan mucho más lugar en nuestra vista; mas no por eso deben compararse ni en grandeza ni en calidad á las estrellas: ellos parecen grandes solo por cuanto están cerca de nosotros, y en

un sujeto más grosero en comparacion de las estrellas. De la misma manera hay ciertas virtudes, las cuales por estar cerca de nosotros, sensibles, ó por mejor decir materiales, son en extremo estimadas y preferidas siempre del vulgo. Así prefieren algunos comunmente la limosna temporal á la espiritual, el silicio al ayuno, la desnudez á la disciplina, y las mortificaciones del cuerpo á la dulzura, benignidad, modestia y otras mortificaciones del corazón. Escoge pues, Filotea, las mejores virtudes, y no las más estimadas; las más excelentes, y no las más aparentes; las mejores, y no las más bizarras.

A cualquiera es muy provechoso el escoger un ejercicio particular de alguna virtud, y esto no para dejar las otras, sino para mejor tener el espíritu ejercitado y ocupado. Una hermosa y jóven doncella más reluciente que el sol, vestida y ornada realmente, y coronada con una corona de oliva, apareció á san Juan, obispo de Alejandría, y le dijo: «Yo soy la hija mayor del Rey; si tú me puedes alcanzar por tu amiga, yo te llevaré delante su cara.» Conoció que era la misericordia para con los pobres la cual Dios le encomendaba; causa por qué despues se dió de manera al ejercicio desta virtud, que era llamado de todos san Juan el Limosnero. Eulogio Alejandrino, deseando hacer algun servicio particular á Dios, y no hallándose con bastante fuerza, ni para abrazar la vida solitaria ni para ponerse debajo la obediencia de otro, recogió consigo un pobre hombre en extremo leproso y llagado, para ejercitar con él la caridad y mortificacion; y para que pudiese conseguir esto mejor, hizo voto de honrarle, tratarle y servirle como un criado haría á su amo ó señor. Consintieron despues, así Eulogio como el leproso, en una tentacion, que era de apartarse el uno del otro; sobre lo cual aconsejándose con el gran san Antonio, les dijo: «Guardaos bien, hijos míos, de apartaros el uno del otro; porque hallándoos los dos cerca de vuestro fin, si el ángel no os halla juntos, correréis gran peligro de perder vuestras coronas.»

El rey san Luis visitaba (1) los hospitales, y servía los enfermos con sus propias manos. San Francisco amaba sobre todo á la pobreza, á la cual llamaba *su señora*; santo Domingo la predicacion, de la cual su orden ha tomado el nombre. San Gregorio el Magno se deleitaba en acariciar los peregrinos, á ejemplo del gran Abraham; y como él tambien en forma de peregrino recibió al mismo Rey de gloria. Tobías se ejercitaba en la caridad de amortajar los difuntos. Santa Isabel, con ser tan grande princesa, amaba sobre todo el menosprecio de sí misma. Santa Catalina de (2) Génova, luego que enviudó, se dedicó al servicio de un hospital. Casiano cuenta que una devota doncella, deseosa de ejercitarse en la virtud de paciencia, acudió á san Atanasio, el cual, á petición suya, la dió por compañera una pobre viuda, enojosa, colérica, enfadosa y insufrible; de cuya mala condicion perseguida la devota doncella, tenía no pequeña ocasion para practicar la apacibilidad y mansedumbre. Así entre los siervos de Dios los unos se dan á servir los enfermos, (3) los otros á procurar el adelantamiento de la doctrina cristiana, enseñándosela á los de tierna edad; los otros á encami-

nar é instruir las almas perdidas y descarriadas; los otros á adornar los templos y honrar los santos; y los otros á procurar la paz y concordia entre los hombres. En lo cual imitan á los bordadores, que sobre diversos fondos ponen con hermosa variedad las sedas, el oro y la plata para hacer todas suertes de flores; porque de la misma manera las almas piadosas que se emplean en algun particular ejercicio de devocion, se sirven del tal como de un fondo para su bordado espiritual, sobre el cual practican la variedad de todas las otras virtudes, teniendo desta suerte sus acciones y aficiones mejor unidas y pareadas; y esto por la conveniencia que tienen con su principal ejercicio, con que pueden decir que á su espíritu

En su vestido, de oro recamado,
La aguja varias flores ha sembrado.

Cuando nos sentimos combatidos de algun vicio, nos conviene, quanto nos sea posible, abrazar la práctica de la virtud contraria, encaminando á esta las demás; porque por este medio venceremos nuestro enemigo, y no dejaremos de adelantarnos en todas las virtudes. Si yo me siento combatido de soberbia ó de cólera, conviene que en toda cosa me incline y vuelva al lado de la humildad y afabilidad, encaminando á este fin los otros ejercicios, como la oracion, los sacramentos, la prudencia, la constancia y la templanza: porque como los jabalís para aguzar los colmillos los aprietan y estriegan con los otros dientes, los cuales recíprocamente quedan afilados y agudos; así el hombre virtuoso, habiendo emprendido el perfeccionarse en la virtud de que tiene más necesidad para su defensa, la debe limar y afilar con el ejercicio de las otras virtudes. Las cuales afilando las otras, quedan todas más excelentes y mejor pulidas, como sucedió á Job, que ejercitándose particularmente en la paciencia contra tantas tentaciones como tuvo, se hizo perfectamente santo y virtuoso en toda suerte de virtudes. Y como dice san Gregorio Nazianceno, que por una sola accion de alguna virtud bien y perfectamente ejercitada, vino una persona á la cumbre de las demás virtudes; alegando á este propósito á Rahab, la cual, habiendo con puntualidad ejercitado el oficio de la hospitalidad, llegó á una gloria suprema. Y entiéndese esto cuando tal accion se ejercita con excelencia y fervor de caridad.

CAPITULO II.

Progreso del mismo discurso de la eleccion de las virtudes.

San Agustín dice excellentemente que los que comienzan en la devocion, cometen ciertas faltas, las cuales son dignas de reprehension segun el rigor de las leyes de perfeccion; y fuera desto, son dignas de alabanza por el buen presagio que dan de una futura excelencia de piedad, á la cual asimismo sirven de disposicion. El miedo, que es el que engendra los excesivos escrúpulos en las almas de los que nuevamente salen de las ligaduras del pecado, es una virtud importantísima en este principio, y presagio cierto de una futura pureza de conciencia; pero este mismo miedo seria digno de vituperio en los que están muy adelantados en la

(1) como si fuera asalariado para ello, (C-D.)

(2) Genes, (Edicion original.)

(3) otros á socorrer los pobres, (C-D.)

virtud, en cuyo corazon debe reinar el amor, el cual poco á poco desecha esta suerte de servil miedo.

San Bernardo en sus principios era muy riguroso y áspero con los que buscaban su doctrina, á los cuales la primera cosa que decia era, que para venir á él dejasen el cuerpo y viniesen en solo espíritu; oyendo las confesiones, abominaba con una extraordinaria severidad cualquier suerte de faltas, por pequeñas que fuesen, y procuraba de manera instruir en la devocion á estos pobres aprendices, que á puro apretarlos á este fin, antes los desviaba de su propósito, porque congojados desmayaban, viéndose apretar y aguijar en una tan derecha y áspera subida. ¿No ves, Filotea, que era un celo ardentísimo de una perfecta pureza el que provocaba á este gran santo á esta suerte de método, y que este celo era una grande virtud, pero virtud, con todo eso, que no dejaba de ser reprehensible? Tambien el mismo Dios por una sagrada aparicion le corrigió, derramando en su alma un espíritu dulce, suave, amigable y tierno; por cuyo medio habiéndose vuelto otro, se acusaba despues de haber sido tan exacto y severo: hizose de manera tratable y apacible con cualquiera, que se hizo á todo con todos para ganarlos á todos. San Jerónimo, habiendo contado que santa Paula, su amada hija, se mostraba no solo excesiva, pero contumaz en el ejercicio de las mortificaciones corporales, hasta llegar á no admitir el aviso contrario que san (1) Epifanio, su obispo, la habia dado á este fin; y que fuera desto, se dejaba de manera llevar del sentimiento de la muerte de los suyos, que casi siempre estaba en peligro de morir; — en fin concluye desta suerte: «Dirán sin duda que en lugar de escribir alabanzas desta santa, escribo acusaciones y vituperios. Hago testigo á Dios, al cual ella ha servido, y yo deseo servir, que no miento ni de una parte ni de otra; antes digo llana y lisamente lo que ella es, como cristiano de una cristiana: esto es, que escribo la verdadera historia, y que sus vicios son las virtudes de otros.» Quiere decir que las faltas de santa Paula hubieran tenido lugar de virtudes en un alma menos perfecta, como verdaderamente vemos que hay acciones que son tenidas por imperfecciones en los que son perfectos, las cuales antes serian tenidas por grandes perfecciones en los que son imperfectos. Es buena señal en un enfermo cuando al salir de su enfermedad se le hinchan las piernas, porque lo tal arguye que naturaleza ya reforzada despide los humores supérfluos; pero esta misma señal seria mala en uno que no está enfermo, porque (2) denotaria no hallarse naturaleza con bastantes fuerzas para disipar y resolver los humores. Filotea mia, mucho nos conviene el tener buena opinion de aquellos á quienes vemos practicar las virtudes, aunque sea con imperfeccion, pues que los santos mismos las han muchas veces practicado desta suerte. Pero quanto á nosotros, nos conviene el tener cuenta de ejercitarnos, no solo fielmente, pero prudentemente, y á este fin observar el aviso del Sábio, de no apoyarnos en nuestra propia prudencia, sino en la de aquellos que Dios nos ha dado por conductores y padres espirituales.

Hay ciertas cosas que muchos tienen por virtudes, y que de ninguna manera lo son, de las cuales es necesario diga algo. Estos son los éxtasis ó raptos, las insensibilidades, impasibilidades, uniones deíficas, elevaciones, transformaciones y otras tales perfecciones, de las cuales tratan ciertos libros, los cuales prometen levantar el alma hasta la contemplacion pura intelectual, á la aplicacion esencial del espíritu, y vida supereminente. ¿No ves tú, Filotea, que estas perfecciones no son virtudes, sino recompensas que Dios da por las virtudes, ó (por mejor decir) vislumbres de las felicidades de la vida futura; las cuales á veces se le figuran al hombre para hacerle desear los eternos bienes del paraíso? Mas con todo esto, no se han de pretender las tales gracias, pues no son de ninguna manera necesarias para el bien servir y amar á Dios, la cual debe ser nuestra única pretension; y muchas veces tambien no son gracias que puedan adquirirse por el trabajo y industria, viendo que son antes pasiones que acciones, las cuales podemos recibir, mas no hacer en nosotros. Añado á esto que nosotros no habemos intentado hacernos sino gente de bien, gente de devocion, hombres piadosos y mujeres piadosas: causa por que nos conviene emplearnos bien en esto; que si Dios es servido de levantarnos hasta estas perfecciones angélicas, tambien seremos buenos ángeles. Pero mientras las esperamos, ejercitémonos simple, humilde y devotamente en las pequeñas virtudes, cuya conquista nuestro Señor ha puesto en nuestro cuidado y trabajo, como la paciencia, la mansedumbre, la mortificacion de corazon, la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la blandura para con el prójimo, el llevar con paciencia sus imperfecciones, la diligencia y santo fervor. Dejemos voluntariamente las sobreeminencias á las almas relevadas, que nosotros no merecemos puesto tan alto en el servicio de Dios. No poco dichosos seremos en servirle en su cocina, en su panetería, en ser lacayos, ganapanes, criados humildes; que despues le tocará (si le pareciere justo) el hacernos de su cámara y consejo privado. Esto es así, Filotea, porque este rey de gloria no recompensa sus criados segun la dignidad de los oficios que ejercen, sino segun el amor y humildad con que los ejercitan. Saul, buscando los jumentos de su padre, halló el reino de Israel; Rebeca, abrevando los camellos de Abraham, se hizo esposa de su hijo; Rut, espigando con los segadores de Booz, y echándose á sus piés, mereció el ser su esposa. Y es cierto que las pretensiones tan levantadas de las cosas extraordinarias están por extremo sujetas á ilusiones, engaños y falsedades; y sucede á veces que los que piensan ser ángeles, no son ni aun buenos hombres; y que en sus hechos hay más grandeza en las palabras y términos de que usan que en el sentimiento y obra. No por eso se ha de menospreciar ni censurar temerariamente nada, sino que dando gracias á Dios de la eminencia de los otros, nos quedemos humildes en nuestro camino, más bajo, pero más seguro; menos excelente, pero más cómodo á nuestra insuficiencia y pequeñez; en la cual si conversamos humilde y fielmente, Dios nos levantará á grandezas bien grandes.

CAPITULO III.

De la paciencia.

«Necesaria os es la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios, goceis la promesa» (dice el Apóstol); porque como pronunció el Salvador: «En vuestra pa-

(1) Epifanio, (Edición original.)

(2) lo denotaria (Id.)

ciencia poseeréis vuestras almas.» Suma felicidad del hombre, Filotea, es el poseer su alma, y quanto mayor es la perfeccion de nuestra paciencia, tanto más perfectamente poseemos nuestras almas. Menester hemos pues, perfeccionarnos en esta virtud. Acuérdate muy á menudo cómo nuestro Señor nos ha salvado padeciendo y sufriendo, y que de la misma manera debemos procurar nuestra salud con sufrimientos y aflicciones, llevando las injurias, contradicciones y desplaceres con la mayor mansedumbre que nos sea posible.

No limites tu paciencia á tal ó tal suerte de injurias y aflicciones, sino extiéndela universalmente á todas las que Dios te enviare y permitiere. Hay unos que no quieren sufrir sino las tribulaciones honrosas: pongo por ejemplo el ser heridos en la guerra, ser presos en la batalla, ser maltratados por la religion, ó el empobrecer por alguna pendencia ó desafío, en el cual hayan quedado vencedores; y estos no aman la tribulacion, sino la honra que esta á su parecer les trae. El verdadero paciente y siervo de Dios lleva igualmente las tribulaciones, así las que se juntan con la ignominia como las honrosas. El ser menospreciado, reprehendido y acusado de los malos, fácil le es de sufrir á un hombre animoso; pero el ser reprehendido, acusado y maltratado de la gente de bien, de los amigos y de los parientes, aquí es donde se conoce el verdadero siervo de Dios. En más es de estimar la mansedumbre con que el bienaventurado cardenal Borromeo sufrió mucho tiempo las reprehensiones públicas que un gran predicador (1) contra él pronunciaba, que otras muchas molestias que de otros recibia; porque de la misma manera que las picaduras de las abejas dan más pesadumbre que las de las moscas, de la misma manera el mal que se recibe de los buenos, y sus contradicciones, son mucho más insuportables que las otras; y con todo esto, sucede muchas veces que dos buenas intenciones, sobre la diversidad de sus opiniones, una á otra se persiguen y contradicen.

Sé sufrida, no solo en lo principal de las aflicciones que te sobrevinieren, pero tambien en lo accesorio y accidental que dellas dependiere. Muchos querrian tener trabajos, con condicion que los tales no les trujesen incomodidad. No siento (dice uno) el haber empobrecido, si esto no me estorbara el servir y regalar mis amigos, engrandecer mis hijos y vivir honradamente, como yo deseara. Otro dirá: Nada se me daria, si no fuese por ver que el mundo pensará haberme sucedido esto por mi falta. Otro sufrirá con mucha paciencia la detraction del maldiciente, con condicion que nadie dé crédito al que dél murmura. Otros hay que querrian tener alguna incomodidad de trabajos segun su parecer, pero no por entero. No pierden la paciencia (dicen los tales) por verse enfermos, sino por verse sin dinero para poder regalarse, ó por ver la importunidad de los que les sirven ó acompañan. Dígoté pues, Filotea, que conviene tener paciencia no solo del estar enfermos, pero del ser de la enfermedad que Dios quiere, (2) y con las incomodidades que quiere; y de la misma manera en las otras tri-

(1) de un orden muy reformado, (C-D.)

(2) en el lugar que gustare, entre las personas que dispusiere, y con las incomodidades que ordenare; y así en otras tribulaciones. (Id.)

bulaciones. Cuando te viniere algun trabajo, opónle los remedios posibles, lícitos y justos, porque hacer otra cosa seria tentar á su divina Majestad; pero hecho esto, esperarás con una entera resignacion el afecto que más á Dios agradare. Si fuere servido que los remedios venzan el trabajo, darásle gracias con humildad; mas si fuere servido que el mal pueda más que los remedios, conviene hendecirle con paciencia.

Sigue el parecer de san Gregorio. Cuando justamente fueres acusado de alguna falta que hayas cometido, humíllate quanto puedas, confesando mereces más que la acusacion que te han hecho; y si la acusacion fuere falsa, excusarás te mansamente, negando el ser culpable; y esto por quanto debes esta reverencia á la verdad y á la edificacion del prójimo. Pero tambien si despues desta verdadera y legítima excusa continúan en acusarte, de ninguna manera te alborotes ni te canses en procurar sea recibida tu excusa, porque despues de haber dado á la verdad lo que debes, debes tambien dar lo mismo á la humildad; y desta suerte no ofenderás al cuidado que debes tener de tu fama, ni á la aficion que debes á la tranquilidad, mansedumbre de corazon y humildad.

Quéjate lo menos que pudieres de los agravios que hubieres recibido; pues es cosa cierta que ordinariamente quien se queja peca, por quanto el amor propio nos hace parecer las injurias mayores de lo que en sí son. Y sobre todo te aconsejo no des tus quejas á personas fáciles á la indignacion y malos pensamientos: que si fuere importante el quejarte á alguno, ó por remediar la ofensa ó por quietar tu espíritu, será bien que esto sea á almas sosegadas y devotas; porque de otra suerte, en lugar de aliviar tu corazon, le provocarán á mayores inquietudes, y en lugar de quitarte la espina que te pica, te la fijarán más adentro del pié.

Muchos, hallándose enfermos, afligidos y ofendidos de alguno, no se ocupan sino en quejarse y mostrar mucho melindre; y porque esto á su parecer (y es verdad) denotaria una gran falta de fuerzas y generosidad, desean por extremo y procuran con muchos artificios que todos se duelan dellos y les tengan mucha compasion, y estimen por no solo afligidos, pero pacientes y animosos. Esto verdaderamente es paciencia, pero paciencia falsa, y que en efecto no es otra cosa sino una tácita y fina ambicion y vanidad. «Estos tales reciben gloria (dice el Apóstol), mas no para con Dios.» El verdadero paciente no llora su mal ni desea que se le lloren; habla dél desnuda, verdadera y simplemente, sin lamentarse, sin quejarse y sin engrandecerle; y si se le lloran, sufre con paciencia que se le lloren, mas no que le lloren mal que no tiene: porque así declara modestamente que no tiene el tal mal, y queda desta suerte sosegado entre la verdad y la paciencia, confesando su mal, y no quejándose dél.

En las contradicciones que te sobrevinieren en el ejercicio de la devocion (porque estas no te faltarán) acuérdate de las palabras de nuestro Señor: «La mujer mientras está de parto tiene grandes congojas; pero viendo su hijo ya nacido, las olvida, por quanto le ha nacido en el mundo un hombre.» Así tú has concebido en tu alma el más digno hijo del mundo, el cual es Jesucristo: cuando este, despues de bien formado, esté para salir á luz, no excusarás el sentirte del trabajo;

pero ten buen ánimo, porque destes dolores pasados te quedará un eterno gozo, viendo has sacado á la luz del mundo tal hombre. Habrásle pues del todo sacado á luz para tí, cuando por entero le hayas formado en tu co-razon y en tus obras por imitacion de su vida.

Quando estuvieres enferma, ofrece todos tus dolores, penas y trabajos al servicio de nuestro Señor, y suplicale los junte á los tormentos que recibió por tí. Obedece al médico; toma las medicinas, viandas y otros remedios por amor de Dios, acordándote de la (1) hiel que él tomó por amor de nosotros; desea sanar para servirle, no rehuses el padecer por obedecerle, y disponte á morir, si desto fuere servido, para que así puedas alabarle y merezcas gozar de su presencia. Acuérdate que las abejas en el tiempo que hacen la miel comen y se sustentan de un mantenimiento muy amargo; y que así nosotros no podemos hacer actos de mayor mansedumbre y paciencia, ni componer la miel de excelentes virtudes, sino mientras comemos el pan de amargura y vivimos en medio las aflicciones. Y como la miel que se hace de la flor del tomillo, yerba pequeña y amarga, es la mejor de todas, así la virtud que se ejercita en la amargura de las más viles, bajas y desechadas tribulaciones, es la más excelente de todas.

Mira á menudo con los ojos interiores á Jesucristo crucificado, desnudo, blasfemado, calumniado, baldonado, y en fin, perseguido de todas suertes de enojos, de tristezas y trabajos; y considera que todos tus sufrimientos, ni en cantidad ni en calidad son de ninguna manera de comparar con los suyos, y que jamás podrás sufrir nada por él, comparado á lo que él ha sufrido por tí.

Considera las penas que los mártires sufrieron, y las que tantas personas sufren, más pesadas sin ninguna comparacion que las en que tú estás, y di: ¡Ay de mí! mis trabajos son consuelos, y mis espinas rosas, en comparacion de los que sin socorro, sin asistencia, sin alivio viven en una continua muerte perseguidos de aflicciones infinitamente mayores.

CAPITULO IV.

De la humildad para lo interior.

«Pide prestados (dice Eliseo á una pobre viuda) muchos vasos vacíos, y echa en ellos el olio.» Para recibir la gracia de Dios en nuestros corazones, menester es tenerlos vacíos de nuestra propia gloria. El cernícalo, gritando y mirando los pájaros de rapina, los espanta por una propiedad y virtud secreta; causa por que las palomas le aman más que á todos los otros pájaros, viendo viven seguras en su compañía. Así la humildad rechaza á Satanás, y conserva en nosotros las gracias y dones del Espíritu Santo; y por esto todos los santos, y particularmente el Rey de los santos y su Madre santa, han siempre honrado y amado esta santa virtud más que otra ninguna entre las morales.

Llamamos vana la gloria que nos atribuimos, ó por cuanto no está en nosotros, ó porque está en nosotros sin ser nuestra, ó porque está en nosotros y es nuestra, sin que por ella debamos gloriarnos. La nobleza

(1) que él tomó (Edicion original, y todas las posteriores.)

del linaje, el favor de los grandes, la honra popular, todas estas son cosas que no están en nosotros, sino en nuestros predecesores ó en la estima de otros. Hay algunos que se muestran fieros y arrogantes porque se ven sobre un buen caballo, porque tienen un gran penacho en el sombrero, por verse vestidos suntuosamente; pero ¿quién no ve esta locura? porque si en esto cabe alguna gloria, la tal será del caballo, del pájaro y del sastre. Pues ¿qué flaqueza de ánimo es el hacer estimacion de la que da un caballo, una pluma ó un vestido? Otros hacen caso, y aun se desvanecen, porque tienen el mostacho relevado, por la barba peinada, por los cabellos crespos, por las manos blancas, porque saben danzar, tocar y cantar; pero ¿no son estos tales bajos de pensamientos, pues quieren fundar su valor y apoyar su reputacion en cosas tan frívolas y locas? Otros por un poco de ciencia quieren ser honrados y respetados del mundo, como si todos hubiesen de ir á su escuela y tenerlos por maestros. Otros se estiran y ensanchan en la consideracion de su hermosura, creyendo con ella llevar tras sí los ojos del mundo. Todo es en extremo vano, loco y impertinente, y la gloria que se toma de tan flacos sujetos, se llama vana, loca y frívola.

Conócese el verdadero bien como el verdadero bálsamo. Hácese la prueba del bálsamo destilándole dentro del agua, y si va al fondo y hace asiento en lo bajo, es tenido por muy fino y precioso. Así, para conocer si un hombre es verdaderamente sábio, entendido, generoso y noble, se ha de mirar si sus bienes miran á la humildad, modestia y sumision, porque entonces serán verdaderos bienes; pero si quieren mostrarse y andar siempre por lo alto, serán bienes tanto menos verdaderos, cuanto serán más aparentes. Las perlas que se congelan y crian al viento y ruido de los truenos, tienen lo exterior de perla y lo interior vacío. Así las virtudes y hermosas calidades de los hombres que se crian y viven en altivez, soberbia y vanidad, no tienen sino una simple apariencia de bien, sin jugo, sin médula y sin solidez.

Las honras, los puestos, las dignidades, son como el azafrán, que se mejora y crece con más abundancia cuando le pisan con los pies. No es honra el ser hermosos cuando desvanecidos nos miramos; la hermosura para tener buena gracia ha de ser menospreciada; la ciencia nos deshonorra cuando nos hincha y desvanece y da en charlatanería.

Si somos puntosos por los puestos, por las cortesías ó por los títulos, fuera de que exponemos nuestras calidades al exámen, á la inquisicion y á la contradiccion, las volvemos viles y abatidas; porque la honra, cuando es recibida en don es por extremo hermosa, pero hácese vil cuando es buscada y pedida. Cuando el pavon para mirarse hace su rueda, levantando sus hermosas plumas, lleva con ellas todas las demás, hasta que muestra lo disforme y feo: las flores, que plantadas en tierra son hermosas, se marchitan cuando se manosean: y como los que huelen la mandrágora de léjos y de paso, reciben mucha suavidad, y al contrario, los que la huelen de cerca y de asiento se adormecen y desmayan;—así las honras traen un no pequeño consuelo al que goza de su olor desde léjos y de paso, sin divertirse ni embeberarse; pero al que por extre-

mo dellas se aficiona, y con extremo las procura, son por extremo reprehensibles y vituperables.

El seguimiento y amor de la virtud comienza á hacernos virtuosos, pero el seguimiento y amor de las honras comienza á hacernos dignos de menosprecio y vituperio. Los ánimos nobles no se embarazan en tan rateros pensamientos como es reparar en los puestos, saluciones y otros puntillos, porque piensan en cosas más sólidas y mayores; y así, esto solo toca á los ánimos más apocados. Los que pueden alcanzar perlas, no se carguen de caracolillos ni conchuelas, y los que pretenden la virtud, no se desvelen por las honras. Cualquiera puede ocupar su puesto y mostrarse en él sin violar la humildad, con tal que esto sea sin que cueste inquietud ni cuidado. Porque como los que vienen del Perú, fuera del oro y plata que sacan, traen tambien jímios y papagayos, tanto por el barato precio con que los compran, como por lo poco que les carga los bajales; así los que pretenden la virtud no dejan de tomar los puestos y honras que les son debidas; pero no costándoles mucha atencion y cuidado, ni admitiendo ningun desasosiego, inquietud, disputa ni contencion. Y esto no se entiende con aquellos cuya dignidad mira el público, ni de ciertas ocasiones particulares que causarían una grande consecuencia; porque en tal caso conviene que cada uno conserve lo que le toca, con tal prudencia y discrecion, que vaya acompañada de caridad y cortesía.

CAPITULO V.

De la humildad más interior.

Bien sé, Filotea, que desearás te conduzga más adelante en la humildad, porque lo que della hasta aquí he tratado, antes se puede llamar sabiduría que humildad. Ahora pues quiero pasar adelante. Muchos no quieren ni osan pensar ni considerar las gracias que Dios les ha hecho en particular, temerosos de desvanecerse y vanagloriarse. En lo cual se engañan; porque (como dice el gran doctor angélico) el verdadero modo de alcanzar el amor de Dios es la consideracion de sus bienes recibidos, porque cuanto más los conocamos, tanto más le amarémos; y como los beneficios particulares mueven más que los comunes, así deben tambien ser considerados con más atencion. Es cierto que nada puede humillarnos tanto delante la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus bienes recibidos; ni nada podrá humillarnos tanto delante su justicia como la multitud de nuestras maldades.

Consideremos pues lo que él ha hecho por nosotros, y lo que nosotros habemos hecho contra él; y como consideráremos por menudo nuestros pecados, consideremos tambien por menudo sus gracias. Y no se ha de temer que el conocimiento de los bienes que ha puesto en nosotros ha de hincharnos, con condicion que notemos esta verdad: y es, que lo que hay bueno en nosotros no es nuestro; si no, dime: ¿los mulos dejan de ser torpes y hediondas bestias porque estén cargados de olores y muebles preciosos del príncipe? «¿Qué tenemos nosotros bueno, que no lo hayamos recibido? y si lo habemos recibido, ¿por qué nos queremos ensoberbecer (a)?» Al contrario, la viva consideracion de las gracias recibidas nos hace humildes, porque el cono-

(a) San Pablo, 1, ad Corintia.

cimiento engendra el reconocimiento; pero si viendo las gracias que Dios nos ha hecho, nos llegase á inquietar alguna suerte de vanidad, el remedio infalible será el acogernos á la consideracion de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones y de nuestras miserias. Si consideramos lo que habemos hecho cuando Dios no ha estado con nosotros, conocerémos claro que lo que hacemos cuando está con nosotros, no es de nuestra cosecha. Alegrarémonos pues y regocijémonos en la consideracion de los bienes recibidos; pero darémos á solo Dios las gracias, por cuanto es el autor.

Así la santa Virgen confiesa que Dios obró en ella cosas maravillosas; pero no fué sino por humillarse y engrandecer á Dios: «Alma mia (dice), engrandece al Señor, por cuanto ha hecho en mí cosas grandes.»

Decimos muchas veces que no somos nada, que somos la miseria misma y la basura del mundo; pero no poco sentiríamos que nos tomasen la palabra, y que nos publicasen tales cuales nos llamamos. Y al contrario, fingimos escondernos y huírnos para dar mejor lugar á que nos busquen y pregunten por nosotros; damos á entender que gustamos de ser los postreros y asentarnos á los pies de la mesa, para que nos dén la cabecera. La verdadera humildad no procura dar aparentes muestras de serlo, ni gasta muchas palabras de humildad; porque esta no solo desea esconder las otras virtudes, pero tambien, y principalmente, procura esconderse á sí misma; y si le fuese permitido mentir, fingir, ó escandalizar el prójimo, produciría acciones de arrogancia y fiereza, para debajo dellas mejor encubrirse. Este es mi parecer, Filotea: ó no digamos palabras de humildad, ó digámoslas con un verdadero sentimiento interior, conforme á lo que exteriormente pronunciamos; no abajemos nunca los ojos sino humillando nuestros corazones; no demos á entender querer ser los postreros, si es que deseamos ser los primeros.

Tengo pues esta regla por tan general, que no tiene ninguna excepcion; solo diré que la buena crianza requiere que á veces ofrezcamos los mejores lugares á los que manifestamente sabemos no han de tomarlos: lo cual no por esto es doblez ni falsedad de humildad, porque en tal caso el solo ofrecimiento de ventaja es un principio de honra; y pues no se le puede dar por entero, no es mal hecho el darle alguna parte. Lo mismo digo de algunas palabras de honra ó respeto, que en rigor no parecen verdaderas; pero sonlo, con todo eso, bastantemente, con que el corazon del que las pronuncia tenga una verdadera intencion de honrar y respetar al que las dice; porque, aunque las palabras significan con algun exceso aquello que decimos, no por eso hacemos mal en emplearlas cuando el uso comun lo requiere. Verdad es que tambien querria se juntasen las palabras á nuestros corazones lo más que fuese posible, para seguir en todo y por todo la simplicidad y pureza cordial. El hombre verdaderamente humilde querria más que otro dijese dél que es miserable, que es un nada y que no vale nada, que no decirlo él mismo; por lo menos, si sabe que lo dicen, no lo contradice, sino lo sufre de buena gana, porque creyendo firmemente lo tal, se huelga que sigan su opinion. Muchos dicen que

dejan la oracion mental para los perfectos, y que ellos no son dignos de hacerla. Otros protestan que no osan comulgar á menudo por no hallarse bastantemente limpios. Otros temen de ofender á la devocion si se meten con ella, por causa de su grande miseria y fragilidad. Y otros rehusan emplear su talento en el servicio de Dios y su prójimo, por cuanto dicen los tales que conocen su flaqueza, y que tienen miedo de ensobrecerse si son instrumentos de algun bien, y que enseñando á los otros, ellos se pierden. Todo esto no es sino artificio, y una suerte de humildad no solo falsa pero maligna; por la cual quieren tácita y sutilmente despreciar las cosas divinas, y cubrir con un pretexto de humildad el amor propio de su opinion, de su humor y de su pereza.

«Pide á Dios una señal arriba en el cielo, ó abajo en el profundo del mar,» dice el Profeta al desventurado Acáz, y respondió: «No, no la pediré, y no tentaré al Señor.» ¡Malignidad grande! Hace semblante de una extremada reverencia para con Dios, y con cubierta de humildad se excusa de aspirar á la gracia á que su divina bondad le llama. Pero este tal ¿no ve que cuando Dios nos quiere gratificar, es arrogancia el no admitir; que los dones de Dios nos obligan á recibirlos, y que es humildad el obedecer y seguir sus deseos con la puntualidad posible? El deseo de Dios es que seamos perfectos, uniéndonos con él, imitándole lo más que podamos.

El soberbio tiene bien ocasion de no osar intentar nada; pero el humilde es tanto más animoso cuanto se conoce más incapaz; y cuanto más se tiene por malo, tanto más se hace atrevido, por cuanto tiene toda su confianza en Dios, el cual se sirve de engrandecer su poder en nuestra flaqueza, y levantar su misericordia sobre nuestra miseria. Menester es pues humilde y santamente osar todo aquello que es juzgado propio á nuestro adelantamiento por aquellos que conducen nuestras almas.

Pensar saber lo que no se sabe, es una expresa locura; querer hacer del sábio en aquello que se conoce no saberse, vanidad es insuportable. Quanto á mí, no querría hacer del sábio aun en aquello que sabría, ni tampoco del ignorante. Cuando la caridad lo manda, menester es comunicar llana y apaciblemente con el prójimo, no solo lo que le es necesario para su instruccion, pero tambien lo que le es provechoso para su consuelo; porque la humildad que esconde y cubre las virtudes para mejor conservarlas, las hace no obstante parecer cuando la caridad lo manda, para aumentarlas, engrandecerlas y perfeccionarlas: en lo cual parece á aquel árbol de las islas de Tylos, el cual de noche encierra y tiene como con llave sus hermosas flores, sin que las abra sino al salir del sol; de suerte que los habitantes de aquella tierra dicen que estas flores duermen de noche. Así la humildad cubre y esconde todas nuestras virtudes y perfecciones humanas, y no las deja jamás mostrar sino es por la caridad, la cual siendo una virtud no humana, sino celeste, no moral, sino divina, es el verdadero sol de las virtudes, sobre las cuales debe siempre dominar; de suerte que las humildades que perjudican á la caridad son indubitavelmente falsas.

No querría yo ni hacer del loco ni hacer del sábio;

porque si la humildad me estorba el hacer del sábio, la simplicidad y llaneza me estorbarán tambien el hacer del loco; y si la vanidad es contraria á la humildad, el artificio, la afectacion y el fingimiento es contrario á la llaneza; que si algunos grandes siervos de Dios han fingidose locos, para que más así el mundo los despreciase, á estos tales debemos admirar, pero no imitar, por cuanto para esto tuvieron motivos tan particulares y extraordinarios, que no debe nadie para sí sacar de lo tal ninguna consecuencia. Y quanto á David, si danzó y saltó un poco más que la ordinaria decencia pedía delante el arca, no era porque quisiese hacer del loco, pero simplemente y sin artificio hacia estos movimientos exteriores, conforme á la extraordinaria y sin medida alegría que sentia en su corazon. Verdad es que cuando Micól, su mujer, le reprehendió como de una locura, no por eso mostró sentimiento viéndose despreciado, antes, perseverando en la natural y verdadera representacion de su alegría, daba testimonio de su contento en recibir por su Dios un poco de menosprecio. En seguimiento de lo cual te diré que si por las acciones de una verdadera y natural devocion te tuvieren por vil, abatida y loca, la humildad hará te alegres con tan dichoso oprobrio, la causa del cual no está en ti, sino en los que (1) le hacen.

CAPITULO VI.

Que la humildad nos hace amar nuestro propio desprecio.

Pasando pues más adelante, te digo, Filotea, que en todo y por todo ames tu propio desprecio. Pero sin duda me preguntarás lo que quiere decir «amar su propio desprecio.» En latin «desprecio» quiere decir «humildad», y «humildad» quiere decir «desprecio». Así que, cuando nuestra Señora con su sagrado *Cántico* dice que, por cuanto nuestro Señor ha visto la humildad de su sierva, todas las generaciones la llamarán bienaventurada; quiere decir que nuestro Señor ha mirado de buena gana su desprecio, vileza y baja, para colmarla de gracias y favores. Diferencia hay, con todo esto, entre la virtud de la humildad y el desprecio; porque el desprecio es la pequeñez, baja y vileza que está en nosotros, sin que lo tal pensemos; pero quanto á la virtud de humildad, es el verdadero conocimiento y voluntario reconocimiento de nuestro desprecio. El principal punto pues desta humildad consiste en no solo reconocer voluntariamente nuestro desprecio, sino en amarlo y gustar de amarlo; y esto no por falta de ánimo y generosidad, sino por exaltar tanto más la Majestad divina, y estimar mucho más al prójimo que á nosotros mismos. Esto pues, Filotea, te exhorto; y para que mejor lo entiendas, sabe que entre los males que sufrimos, los unos son despreciados y los otros honrosos; muchos se acomodan á los honrosos, pero casi ninguno se acomoda á los despreciados. Mira un devoto ermitaño roto y friolento, que todos honran su hábito pobre con compasion de su sufrimiento; pero si un pobre oficial, un pobre hidalgo ó una pobre señora padecen lo mismo, serán antes despreciados y escarnecidos. Ves aquí pues cómo su pobreza es despreciada. Un religioso recibe devotamente una áspera censura de su superior, ó un hijo de su padre, á que llamarán todos mortifica-

(1) la hacen. (Edicion original.)

cion, obediencia y sabiduría; sufrirán tambien lo mismo de alguno un caballero y una dama, lo cual si acaso sufren por amor de Dios, todos lo llamarán cobardía y pusilanimidad. Ves aquí pues otro mal despreciado. Una persona tiene un zaratán ó cáncer en un brazo, otra le tiene en la cara. El primero no tiene sino el mal, pero el segundo tiene con el mal el menosprecio, el desden y la abjecion (a). Digo pues ahora, que no solo se ha de amar el mal (lo cual se hace por la virtud de paciencia), sino tambien la abjecion ó menosprecio, lo cual se hace por la virtud de humildad.

Hay tambien virtudes desechadas y virtudes honrosas: la paciencia, la mansedumbre, la simplicidad y la humildad son virtudes que los mundanos tienen por viles y despreciadas; y al contrario estiman mucho la prudencia, la valentía y la liberalidad. Tambien hay acciones de una misma virtud, y las unas son menospreciadas y las otras honradas. Dar limosna y perdonar las ofensas son dos acciones de caridad; la primera es honrada de cualquiera, y la otra menospreciada á los ojos del mundo. Un mozo ó una doncella que no se dejare llevar de la persuasion de los que desregladamente se dan á las conversaciones, juegos, danzas, banquetes y vestidos superfluos, será murmurada y censurada de los otros, y su modestia será llamada ó hipocresía ó afectacion. Amar esto, es amar su desprecio.

Daréte otro ejemplo: pongamos caso que vamos á visitar los enfermos. Si me envian al más miserable, me será un desprecio, segun el mundo, por lo cual le amaré; si me envian á los de más calidad, seráme tambien un desprecio segun el espíritu, por cuanto no hay tanta virtud y merecimiento, y así amaré tambien este desprecio. Cayendo en la calle, fuera del mal, se cae en vergüenza; este desprecio tambien debe amarse.

Hay tambien faltas en las cuales no hay ningun mal, sino la sola abjecion ó desprecio; y la humildad, no obstante, no permite que expresamente se hagan; pero mándanos que no nos inquietemos cuando las hubiéremos cometido. Estas son ciertas locuras, descortésias y inadvertencias; las cuales, así como se han de procurar evitar antes que se hagan por obedecer la cortesía y prudencia, así debemos tambien llevar con paciencia y amar la abjecion que cometidas, dellas resultare, para mejor seguir así la santa humildad.

Diréte aun más: si acaso me he desreglado, por cólera ó disolucion, en palabras licenciosas ó indecentes (con las cuales he ofendido á Dios y al prójimo), arrepentiréme vivamente, sintiendo en extremo la ofensa, la cual procuraré reparar lo mejor que me sea posible; pero no por eso debo aborrecer la abjecion y menosprecio que me resultare: y si se pudiese separar lo uno de lo otro, yo desviaria de mí el pecado, y guardaria humilde la abjecion.

Pero, aunque amamos la abjecion que se sigue del mal, no por eso se ha de dejar de remediar el mal que la ha causado, por medios propios y legítimos, y principalmente cuando el mal es de consecuencia. Si yo tengo en la cara alguna ocasion de desprecio, procu-

(a) Los culteranos que afectaron pronunciar como los latinos, dijeron *abjecion*; y así ha prevalecido hasta hoy.

raré la cura, pero no el olvido del desprecio, el cual he recebido. Si hubiere hecho alguna locura que no ofenda á persona, no me excusaré della, por cuanto aunque esta tal es una falta, visto que no es permanente, no será el excusarme sino por evitar la abjecion que della me queda; cosa que la humildad no puede permitir. Mas si por descuido ó locura he ofendido ó escandalizado á alguno, repararé la ofensa con alguna verdadera excusa; y esto por cuanto el mal es permanente, y que la caridad me obliga á quitarle. Sucede tambien algunas veces que la caridad requiere que remedemos la abjecion por el bien del prójimo, al cual es necesaria nuestra reputacion; pero en tal caso, luego que quitemos la abjecion delante de los ojos del prójimo, conviene que la cerremos y escondamos dentro de nuestro corazon, para que se edifique.

Pero querrás sin duda, Filotea, saber cuáles son las mejores abjeciones. A que digo que las más provechosas al alma y agradables á Dios son las que nos vienen por accidente ó por el estado de nuestra vida; y esto por cuanto no las habemos escogido, sino recebido tales cuales Dios nos las ha enviado, cuya eleccion es siempre mejor que la nuestra: que si fuese necesario escoger, las mayores son las mejores; y aquellas son llamadas mayores que son más contrarias á nuestras inclinaciones, como sean conformes á nuestro estado; porque (acabando con esto) nuestra eleccion gasta y disminuye casi todas nuestras virtudes. ¿Quién nos dará gracia para decir con el gran Rey: «Yo he escogido el ser menospreciado en la casa de Dios, antes que el habitar en los tabernáculos de los pecadores?» Nadie puede, querida Filotea, sino aquel que para exaltarnos vivió y murió; de suerte que fué el oprobrio de los hombres y la abjecion del pueblo. Muchas cosas te he dicho que, considerándolas, te parecerán ásperas; pero créeme, que practicándolas te serán más que el azúcar y miel dulces.

CAPITULO VII.

Cómo se ha de conservar la buena fama, practicando la humildad.

La alabanza, la honra y la gloria no se dan á los hombres por una simple virtud, sino por alguna virtud excelente; porque por la alabanza procuramos persuadir á los otros la estimacion de la excelencia de algunos; por la honra protestamos estimarla nosotros mismos; y la gloria no es otra cosa (á mi parecer) sino un cierto hijo de la reputacion, el cual nace del ayuntamiento de muchas alabanzas y honras: de manera que las honras y alabanzas son como piedras preciosas, de cuya junta se muestra y sale la gloria como un esmalte. No pudiendo pues la humildad sufrir que tengamos alguna opinion de aventajar ó ser preferidos á los otros, no puede tampoco permitir que busquemos ni procuremos la alabanza, la honra ni la gloria, las cuales cosas son debidas á la sola excelencia. Es verdad, con todo eso, que nos consiente lo que nos amonesta el Sábío, que es tener cuenta con nuestra fama, por cuanto la buena fama es la estimacion, no de alguna excelencia, sino solamente de una simple y comun integridad de vida; la cual la humildad no estorba que